

EL 92: UN MARCO POLITICO-ECONOMICO Y SOCIO-CULTURAL.

En una fecha tan significativa como el 92 quedan sin embargo por explorar las posibilidades utópicas de un proyecto "indohispano".

Por José Luis Rubio

Quiero detenerme, porque es oportuno en este año de 1992, V Centenario de 1492, y en este momento —cuando hoy mismo se celebra la "II Cumbre de la Comunidad Iberoamericana"— en la consideración del momento germinal de esa Comunidad, cuando tanta palabra desequilibrada se está pronunciando, cuando en todas partes tantos marxistas leninistas que se han quedado sin trabajo han encontrado una nueva ocupación en la lucha contra el "imperialismo español" de hace cinco siglos, sin tener en cuenta que pueden estar sirviendo, inocentemente, al "imperialismo" del siglo actual.

Lo voy a hacer con el texto que presenté en Septiembre pasado en el XI Congreso de Teología que organizó la Asociación de Teólogos "Juan XXIII" sobre el tema "V Centenario: Memoria y Liberación".

Dije en esta ocasión en la Mesa Redonda IV, titulada "Diversas interpretaciones de la colonización española de América Latina":

I. Hace quinientos años.

Debo repasar previamente mi trayectoria personal sobre el tema: Como todos los de mi edad, viví la infancia y la juventud bajo el prisma de la "leyenda dorada", más directamente afectado por mi condición de extremeño: la conquista y colonización de América por España había sido una ingente, inigualada hazaña humana, portadora de civilización. Las sombras del hecho eran solo detalles.

Después, el estudio, el análisis de la realidad, la visión directa, me hizo matizar profundamente: aquella era un América dependiente, neocolonial, explotada por el imperialismo desde fuera y por la oligarquía desde dentro, una oligarquía que hundía sus raíces en aquella conquista y colonización. Aquella era una América en la

que no solo había una distribución inicua de la riqueza, sino que los desniveles sociales seguían aumentando. Aquella era una América en la que las poblaciones indígenas eran las peor tratadas, en su propia tierra original.

En los años 60 —años de dictadura— se me pidió un artículo de colaboración para la prensa con motivo del 1º de Octubre. Escribí uno bajo el título de “Razón del indigenismo”. Me quejaba de nuestra parcialidad triunfalista, que olvidaba la parte sufriente y derrotada. Señalaba que la unión hispano-indígena “salvo excepciones, no se ha edificado de acuerdo con el precepto de “compañera te doy, y no sierva”: se ha constituido sobre la humillación y la servidumbre del factor indígena, sobre la prepotencia y exaltación del factor ibérico. “Por todo el continente americano se escucha —escucha quien abra los ojos y los oídos a la solidaridad humana— la voz del indio peruano cazado en Bolivia para la guerra del Chaco y herido de muerte al entrar en su primera y última batalla de la incomprensible contienda: “¡Me he de quejar a Dios de todo esto!”.

“Me temo —concluía—... que no va a haber quien nos libre de estar entre los acusados por la indignación del indio ante el tribunal de Dios”.

Más tarde, en 1972, se me pidió otro artículo ante el hecho de que el gobierno peruano de Velasco Alvarado había rebautizado el “Salón Pizarro” del Palacio de Gobierno de Lima con el nombre de “Salón Tupac Amaru”. No gustó mi escrito, porque daba la razón a Velasco Alvarado, dado que en el camino del mestizaje había predominado en forma aplastante el factor hispano, y ya era hora de comenzar a levantar el factor indígena.

Pasaron los años, se acerca el V Centenario de 1492, y me encuentro ahora con un aluvión de negatividades, con una oleada contraria de lleno a la leyenda blanca, que no habla de otra cosa que no sea del “genocidio”, en plena resurrección de lo que se llamó “leyenda negra”.

¿Qué actitud puedo adoptar personalmente?

Podría, como europeo español, adoptar una de las dos visiones extremas: leyenda dorada o leyenda negra: grandiosa obra civilizadora o genocidio. Podría hacerlo. Y después, tranquilamente, desentenderme. Acogido al asilo confortable de la Comunidad Europea, podría decir: “500 años y ni uno más”. Asumo mi cuota de gloria o de vergüenza, pero el problema es solo americano: Yo no descendo de los conquistadores y colonizadores. Yo descendo de los que se quedaron, que —salvo una pequeñísima minoría— no se enriquecieron, sino que se empobrecieron con la acción americana. Al fin y al cabo la polémica de la Conquista-Colonización no es un debate América-España; es un debate íntimo de la Sociedad americana, que afecta a su propia estructura y a su propia definición (Estimo, por eso, que ha sido desafortunado el Gobierno español asumiendo el protagonismo).

Podría hacerlo. Pero no puedo, al mismo tiempo. Porque no me considero un “iberoamericanista” o un “latinoamericanista”, sino un “iberoamericano” o “latinoamericano” nacido en la Península, pero que se afana en ver la realidad del Nuevo Continente desde dentro. El análisis de la historia de la América indígena, virreinal, independiente y presente es para mi un análisis de mi propia identidad colectiva.

Personalmente no puedo ver la cuestión más que desde dentro, en esta segunda forma. No puedo refugiarme en Europa, porque mi destino se define en América: *estoy* en Europa, pero *soy* América.

De aquí que mi análisis parta de que creo en el futuro de ese conjunto ahora disperso y caótico de pueblos que componen el mundo indo-hispano. Creo que encierra palabras decisivas que aportar a la Historia que viene, palabras beneficiosas para la solidaridad humana global. Tiene ese futuro, puede decir esas palabras: a condición de que realice su cambio social profundo —a mi me sigue gustando la palabra “revolución”— y su unidad —la Patria Grande bolivariana—.

Si no es así, seguiremos siendo —envueltos en disputas sobre nuestros ancestros —colonias reales del Grande y único Imperio del Norte: ratificaremos mansamente el Dogma de que hemos llegado al “fin de la Historia”: con un único sistema económico-político-social (la democracia liberal-capitalista), un único poder mundial (el “trilateral” de las transnacionales) y un único policía internacional (los Estados Unidos y sus organizaciones militares secuaces).

(Pienso —y es un desahogo: Haga América Latina —o como quiera llamarse— su unidad y su “revolución”, aunque sea maldiciendo a España; pero hágala, y yo me sentiré feliz, porque entenderé que esa unidad y esa transformación social serán la verdadera continuidad de lo positivo de España, mientras la España geográfica, en este rincón de Europa, se va perdiendo para sí misma y para América).

Desde este punto de partida, en el que me importa el pasado en función del futuro, tengo que esforzarme, quiero esforzarme, en un máximo de equilibrio, de sosiego, de veracidad, de imparcialidad —pese a mi pasión de fondo— en el análisis de lo que fue nuestro ayer. Y tengo, después, que añadir un máximo de sueño utópico realizable, posible, en el planteamiento del porvenir necesario, y también posible.

¿Cómo fue el hecho de la conquista y colonización de América por los pueblos peninsulares? Y digo pueblos, porque no la realizaron Ejércitos regulares, no fue obra estatal ni aristocrática, sino popular y privada.

Sin duda fue un hecho cruento, en extremo doloroso o "bárbaro", "brutal"... Pueden multiplicarse los adjetivos.

Hubo destrucción de unas culturas e imposición de otra.

Hubo sometimiento a servidumbre de la población nativa.

Hubo desaparición —en algunos casos— de poblaciones enteras.

Hubo un mantenimiento de una sociedad de castas, ligadas habitualmente a las etnias —ciertamente no bipolar, como en el racismo neto, sino múltiple y graduada—.

Hubo, en fin, la inserción de América en la dependencia —la pérdida del "ser para sí"—. Desde luego con fases y matices diferenciales: bajo los Austrias, con la llegada a un autoconsumo de la mayor parte del excedente; bajo los Borbones, con el intento de una forma colonial netamente europea; bajo las Repúblicas teóricamente independientes, el triunfo total de esta forma colonial, ahora con metrópoli británica. (Entiendo —lo menciono de paso— que la máxima culpabilidad de la España de los siglos XVI al XVIII en América no fue la de haber introducido en su provecho una explotación imperialista, sino la de haber depositado allí la oligarquía explotadora: es decir: depositado lo mismo que había en la Península, no lo diferente. Aunque las castas cerradas y explotadoras ya preexistían en América).

Nada se puede, ni se debe, ocultar de todo esto. ¿Cómo sostener una leyenda dorada, de conquistadores y colonizadores angelicales, sin codicia?

Sin embargo no basta señalar todo ello: hay que señalar además, y conjuntamente, por un lado lo que tuvo de similar a todas las acciones conquistadoras y colonizadoras de la Historia, y por otra lo que tuvo de diferente.

Fue como todas las conquistas y colonizaciones del curso histórico. Fue bárbara, implacable, dura, hecha con sangre. Como las de los egipcios, asirios, romanos, mongoles, árabes, franceses, ingleses, alemanes...

El propio pueblo peninsular ibérico es fruto de un cruce de caminos en el que se produce una serie de avalanchas humanas sucesivas, en el que las invasiones, conquistas y colonizaciones se sucedieron ininterrumpidamente. Primero, la colonización económica por otros pueblos mediterráneos nos despojó de gran parte de nuestras riquezas mineras: nuestro oro, nuestra plata. Al Oeste del mar clásico estaba la Isla del Tesoro, la Hispania, de donde se extraía fácilmente riqueza. Cartago misma, la que será rival de Roma, se funda como puerto de paso hacia las costas ibéricas. Roma nos invade, aplasta las culturas preexistentes —esas que nos asom-

bran con su finura en las Damas de Elche, de las lenguas. Y nos imponen cultura nueva, lengua nueva, leyes nuevas, arquitectura nueva. (Digo, de paso, que bendigo aquella invasión, porque soy su hijo mestizo). Y nos invaden pueblos del Norte —"bárbaros"— que nos imponen un sistema social de castas, con una cúspide visigoda y una base inferior ibero—romana. Y nos invaden los árabes, que van a conformar nuevos modos culturales, políticos, legales y religiosos, hasta ocho siglos en algún territorio peninsular. (Y yo bendigo esa invasión, de la que soy fruto mestizo. Y pido que en el 2011 celebremos su XIII Centenario). Todas esas invasiones cambiaron profundamente la originalidad de la forma colectiva de ser de los pueblos peninsulares, truncaron caminos propios. Y nos hicieron lo que hoy, ineludiblemente, somos.

Pero quisiera añadir que aquella conquista y colonización —a espada y sangre—ibérica de América, fue también como todas las conquistas de pueblos amerindios sobre otros pueblos amerindios: No de otra forma se levantaron los Imperios que los hispanos encontraron vigentes en el Nuevo Continente: conquistas militares, masacres de pueblos, sacrificios multitudinarios de vencidos, traslados masivos de poblaciones, imposición de nuevas instituciones, y de una nueva lengua. Pero, también, avance integrador: nuevos niveles de civilización y de progreso.

Esa es la Historia bárbara de la Humanidad. Pero también la contradictoria Historia del proceso hacia formas más elevadas de civilización, en cuanto más generalizadoras, más cercanas a la universalidad. Lo contrario hubiera sido un mundo de infinitos clanes en sus cuevas o en sus poblados de selvas y savanas. (Sería el gran festín de los antropólogos... en un mundo sin ciencia antropológica).

Insisto: la conquista y colonización hispana de América fue dura y con sangre, como todas las conquistas. Siempre el conquistador establece su dominio para explotar: el romano, el hispano, el inglés, el inca y el azteca.

La "Crónica Mexicayotl", como se recuerda en un muro de la "Sala Azteca" del fabuloso Museo Arqueológico de la ciudad de México, rezaba:

"Nos iremos a establecer, a radicar, y conquistaremos a los naturales del Universo; y por lo tanto os digo en toda verdad que os haré señores, reyes de cuanto hay por doquier en el mundo; y cuando seais reyes tendréis allá innumerables, interminables, infinitos vasallos que os pagarán tributos".

Sin embargo, hay en la conquista hispana algunas características singulares que la diferencian de otras conquistas y colonizaciones, y que no sería justo y objetivo olvidar.

En primer lugar: la autocrítica, la protesta.

— El eminente escritor castrista Roberto Fernández Retamar director de la Casa de las Américas de La Habana, en su estudio “Contra la Leyenda Negra”, lo destaca con estas frases:

“En comparación con las depredaciones de Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y los Estados Unidos, para mencionar algunas ilustres naciones occidentales, si algo distingue a la conquista española no es la proporción de crímenes, en lo que ninguna de aquellas naciones se deja aventajar, sino la proporción de escrúpulos”¹.

Retamar recoge lo dicho por Laurette Séjourné:

“España se singulariza por un rasgo de importancia capital: hasta nuestros días ha sido el único país de cuyo seno se hayan elevado poderosas voces contra la guerra de conquista”².

Indalecio Liévano Aguirre lo destacaba en su obra, después de describir la barbarie de los primeros años en La Española, bajo la rapacidad de los Colón y los colonos compañeros:

“Cuando así se enseñoreaba la barbarie en las tierras e islas que formaban la antemuralla del Nuevo Mundo y todo un Continente estaba a punto de ser devorado por la esclavitud, se produjo uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia espiritual de la humanidad: en el ámbito de la misma sociedad que sólo beneficios podía derivar de la esclavitud de los indios surgió la protesta inequívoca contra ella”³.

Después describe el famoso sermón del dominico fray Antonio de Montesinos y toda la conocida historia posterior, en la que aparece y sobresale el padre Las Casas y su pasión batalladora, que consiguiera imponer oficialmente en la Corte Imperial sus tesis sobre las esclavistas de Ginés de Sepúlveda.

Pero ya antes Cisneros cortó el comercio de esclavos levantado por el mismo Colón. El Almirante “pensaba vender 4.000 esclavos de las islas, que como poco

valdrían veinte millones” (de maravedís)⁴. En 1495, Colón había remitido los primeros esclavos a España. Cisneros impone en 1500 su libertad y devolución a su tierra de origen. (Parece que el propio padre Bartolomé de Las Casas sufre esta imposición).

Desde esas fechas, los “escrúpulos” que señala Retamar empiezan a actuar con decisión. La historia desde entonces se hace la historia —en los tres siglos de presencia hispana en primer lugar— de una batalla constante, sin descanso aunque con altibajos, entre hombres opresores y hombres liberadores. Liévano Aguirre la ha descrito en páginas apasionantes. Lucha entre opresión y liberación jamás abandonada, jamás concluida, pero en la que —es de absoluta evidencia— la opresión predomina con mucha mayor frecuencia.

Junto al elemento de autocrítica, singular en la conquista hispana —hasta el punto de que el propio Carlos I, el Emperador, decide el fin de las guerras de conquista, con lo que la mayor parte de la expansión territorial en muchos países es ya obra de la época republicana— está otra característica distintiva, que va a ser el factor determinante para el futuro: la irrupción del mestizaje.

Por más que se haya repetido, que aparezca como un tópico, no deja de ser, primero, una verdad, y también la verdad esencial de la América al sur de los Estados Unidos.

Volviendo a Fernández Retamar, se puede reiterar con él:

“Pero existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, “nuestra América mestiza”. Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo preciso como la señal distintiva de nuestra cultura”⁵.

Recuerda lo dicho por el gran especialista sueco Magnus Mörner:

“Ninguna parte del mundo ha presenciado un cruzamiento de razas tan gigantesco como el que ha estado ocurriendo en América Latina y en el Caribe desde 1492”⁶.

1 FERNANDEZ RETAMAR, Roberto: “*Calibán y otros ensayos*”. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1979, pag. 180.

2 SEJOURNÉ, LAURETTE: “*América Latina. I. Antiguas culturas precolombinas*”, Madrid, 1971 (Citado por Fernández Retamar, o.c. pag. 183).

3 LIEVANO AGUIRRE, Indalecio: “*Los grandes conflictos económicos y sociales de nuestra historia*”. Bogotá, varias ediciones, cap. I.

4 GIL, Juan: “*Conquista y justicia: España y las Indias*”. Capítulo VIII del Libro colectivo “*Historia de la Teoría Política -2-*”, compilado por Fernando Vallespín. Madrid, Alianza Editorial, 1990 pag. 396).

5 FERNANDEZ RETAMAR: o.c., pag. 13.

6 MORNER, Magnus: “*La mezcla de razas en la historia de América Latina*”. Buenos Aires, 1969 (Citado por Fernández Retamar, o.c. pag. 13).

No se ha producido la simple superposición de una minoría invasora y sus descendientes puros, como en las colonias europeas posteriores. Se mantienen sectores étnicamente puros, blancos e indígenas, pero en el conjunto, el hecho mayoritario es el mestizaje. Y no lo digo solamente en el terreno étnico, sino fundamentalmente en el cultural.

Por eso podía decir Augusto César Sandino, en Febrero de 1933, a un periodista español, al que trataba —según sus palabras— “como un miembro de nuestra gran familia indohispana”:

“Yo veía antes, hace tiempo, con protesta la obra colonizadora de España; pero hoy la veo con profunda admiración. No es que esté usted delante. España nos dio su lengua, su civilización y su sangre. Nosotros, más bien nos consideramos como españoles indios de América”.

No hay vuelta posible, no se puede demandar los caminos de la Historia, no se puede volver a 1491: esta América está definida irreversiblemente por el mestizaje.

Lo que si hay que añadir es que en ese mestizaje —especialmente en lo social y lo cultural— ha primado avasalladoramente lo hispano, con perjuicio de lo indígena, y ello no es ni remotamente justo: es un atentado a la más elemental equidad.

Debo añadir otra faceta entre los aspectos distintivos de la acción hispana, faceta especialísima, y que yo quisiera enunciar objetivamente, sin que ello dependa de mi profesión.

Independientemente de toda cuestión de fe, me resulta evidente que el cristianismo, llevado por los frailes españoles, era enormemente superior desde un criterio humanista a las religiones preexistentes en las principales culturas indoamericanas. Entiendo que su aparición, para sustituir a la dureza —muchas veces sanguinaria en extremo, de las principales religiones anteriores, fue una auténtica Teología de la Liberación.

Con todas las excepciones que se quieran, en el conjunto, los frailes eran infinitamente más humanos que los sacerdotes de los antiguos cultos: no exigían sacrificios de personas para alimentar al Dios insaciable: ofrecían el sacrificio único del Hijo del Hombre, del Cristo, en Eucaristías incruentas.

7 RAMIREZ, Sergio: “*El pensamiento vivo de Sandino*”. Caracas, Ediciones Centauro, 1981, pag. 481. (Recoge la conversación de Ramón de Belausteguigoitia con Sandino, en febrero de 1933).

Señalo un último hecho —subrayado hace poco por Uslar Pietri—: en el primer medio siglo de conquista y colonización —medio siglo de acción frenética, asombrosa sobre todo por el reducido número de hispanos en la inmensidad americana: menos de 20.000 desde 1492 hasta 1539— se unifica un semi-continente que va desde el sur de Estados Unidos hasta el sur de Argentina y Chile. Y se unifica por el hilo común de lo hispano-ibérico, más exactamente.

Toda concepción unitaria —que aspire a la Patria Grande bolivariana— ha de partir de este hecho. No puede prescindir de él. No podría prescindir de él, aunque fuera para abominarle. La abominación común sería, necesariamente, en castellano o portugués.

Con todos estos mimbres ¿hemos de tejer un juicio global sobre la colonización?

Personalmente entiendo —repito algo indicado anteriormente— que el orgullo o la vergüenza sobre el hecho no nos corresponde básicamente a los españoles peninsulares de hoy, sino a los descendientes de los que allá fueron. Las responsabilidades, si las hay, corresponden a los hijos de los conquistadores y colonizadores, y no a sus sobrinos, que somos la gran mayoría de los ibéricos actuales.

En lo que me puede afectar, como sobrino —y afectar a un extremeño— no me siento pletórico de satisfacción por aquel hecho iniciado hace 500 años. Pero tampoco me siento avergonzado. Los capítulos, pormenorizados uno a uno, de aquél inmenso acontecimiento, que significó entre otras cosas —por obra ibérica— la unidad geográfica del mundo, el encuentro de toda la especie humana, la posibilidad de una intelección global de la entera Tierra, son unos abominables y otros venturosos. Pero para la Historia humana total significaron un avance, ni antes ni después comparable. Los hispanos de hoy —señalando, sin escamoteos, todos los horrores paralelos— no creo que deban sentirse globalmente avergonzados de que su Patria contribuyera como primer país, país adelantado, a ese inmenso salto histórico.

Pero, en última instancia, lo que yo quiero decir es que un juicio definitivo no podemos hacerlo aún, no tenemos perspectiva histórica. Por una razón: la América indo-hispana, América Latina o como queramos llamarla, está aún en su adolescencia, en su Edad Media particular. Aún no ha alcanzado plenitud, aún no ha dicho su palabra propia en la Historia. Como dicen los versos de Celaya: “aún nunca pudo mostrarse puro, entero y verdadero”.

Lo que importa es que se diga esa palabra, para lo cual es lícito y necesario —imprescindible— defender los intereses y peculiaridades de cada una de sus partes,

de sus pueblos, pero siempre que no se ponga en discusión y peligro la causa común. Porque si la ponen, ello es signo inequívoco de que se está sirviendo objetivamente al poder imperialista del presente, que medra con nuestra desunión.

Hoy tenemos un mundo indo-hispano cuya situación puede resumirse, en radiografía, en estos términos:

1° Es un mundo dependiente, con tendencia en su mayor parte a convertirse en "prescindible". Un mundo pobre que ayuda al mundo rico, al Norte, anualmente con unos 25.000 millones de dólares.

2° Es un mundo que se empobrece, en cifras absolutas y cifras relativas.

3° Es un mundo en el que crece la desigualdad, y por ello aumenta la Deuda Social con sus sectores populares.

4° Dentro de este sector pobre, el que más sufre es el indígena, pero de ello no hay estadísticas: sólo evidencias.

Entiendo, por lo tanto, por todo ello, que partiendo de la necesidad —reitero— de renovación social profunda (o "revolución") y de unidad, para hacer una tarea liberadora del gran poder del Norte y del dominio oligárquico interior, partiendo de la necesidad de empezar defendiendo a los más sufrientes, no para ello tenemos que enfrentar en lucha a muerte los elementos constitutivos de la realidad mestiza, los elementos materno-paternales originarios: lo indígena y lo hispano. Entiendo que toda descalificación en bloque del padre o de la madre es una autodenigración que sirve al imperialismo vivo y aplastante de hoy.

Quiero ser claro: a mi modo de ver toda acción o movimiento que defienda la supremacía hispana, abominando o despreciando lo indígena, sirve al imperialismo, aunque se encubra con banderas de "Hispanidad". Cuando se habla de los 500 años y se añora, aunque no se diga, un tipo de colonización como la anglosajona, eliminadora del factor indígena —al que considera raíz del atraso—, se sirve objetivamente al imperialismo.

E igualmente, a mi modo de ver, toda acción o movimiento que defienda la única realidad indoamericana, condenando en bloque el factor hispano, sirve al imperialismo objetivamente, aunque se encubra con lenguaje de extrema izquierda. Cuando se habla de los 500 años y se describe sin más con la palabra "genocidio", sin considerar ningún elemento positivo o unificador hispano, se sirve objetivamente al imperialismo.

Todo ello sirve a la autodenigración, a la condena del padre y de la madre —en

forma de "sarmientiana"—, lo que conduce, por un camino de esquizofrenia, a querer, no *ser nosotros pero mejores, sino a ser otros*. Todo es allanamiento por nosotros mismos de los caminos del poder imperialista del presente.

Mi tesis es, pues:

Creo que la Comunidad Indo-Hispana encierra palabras decisivas que decir en el futuro humano.

Creo que es esa Comunidad la que puede dar respuesta a la orgullosa afirmación del "Fin de la Historia", que sobre la idea del definitivo triunfo del sistema de la "democracia liberal-capitalista", en beneficio del Norte y con el único gendarme norteamericano, se nos ha impuesto en esta hora.

Y puede dar respuesta en el sentido de ofrecer vías universales y no parciales, con una opción síntesis: etnia —de razas—, cultural —de Oriente y Occidente—, de sistemas —de Libertad y Solidaridad—. Una opción prometedora no solo para el interior de la propia Comunidad, sino para el conjunto humano total, frente al sistema de hoy, asentado en una división de clases internacional, con Norte rico —mayoritariamente blanco y occidental— y un Sur miserable.

¿Cómo poderlo ofrecer? ¿Con la realidad presente? NO: con lo que podemos ser —pues lo somos en potencia—, con lo que podemos alcanzar. Con la condición absolutamente imprescindible de profundizar en nuestro resultante mestizo. Con la condición de no zambullirnos en una guerra de etnias entre lo indígena y lo hispano. Con la condición de afrontar con audacia un conflicto a favor de los elementos positivos de lo hispano y de lo indígena, y contra los elementos negativos de ambos. Nos sobran los ciegos para los defectos propios y para los valores del otro.

Hay que rescatar, pero no solo para unas "reducciones" limitadas, sino para asumirlos todos, el sentido comunitario del trabajo, el sentido de armonía del hombre con la Naturaleza. Hay que destruir todo lo que anule la personalidad individual en el grupo. Hay que exaltar para todos las positivas tradiciones comuneras, y la afirmación de la dignidad de cada persona individual ante el poder. Hay que destruir las intolerancias inquisitoriales, los fanatismos, las tendencias a la instalación de elementos caciquiles u oligárquicos opresores.

Creo que es posible esa lucha civil y esa síntesis: realizarla y ofrecerla. Frente a la despiadada parcialidad liberal-capitalista, occidental y blanca, que se nos muestra como triunfadora, y triunfadora definitiva.

Es una síntesis de "Utopías", sobre la línea de los que descubrieron, o creyeron descubrir, en la América indígena, recién encontrada por los europeos, un modo de justicia y de fraternidad posible, una ventana al optimismo, creando, precisamente, la idea misma de "Utopía". Sobre la línea de aquellos —franciscanos de las "esperanzas apocalípticas", Las Casas, Tata Vasco, Toribio Motolinía, jesuitas de las reducciones... —que trataron de hacerla carne en tierra americana, porque encontraron que era tierra abonada para la solidaridad. Sobre la realidad indoamericana misma. Sin que ello quiera decir imposición por la violencia o la fuerza, que entiendo es un modelo de estrategia revolucionaria que ha llegado a su reducción al absurdo.

Creo que es posible. Que debemos intentarlo. Que a esta altura, a los 500 años de 1492, a los cinco siglos del nacimiento de esa Comunidad, cara a su mayoría de edad —que tal vez nosotros no veamos, pero que es seguro se alcanzará en el próximo siglo— debemos intentarlo.

Uniendo los afanes. Por la unidad y el cambio social profundo de todos. Rechazando la guerra civil, el odio a que nos encauzan y para el que nos alientan interesadamente los poderes del mundo presente.

Como señalaba en un trabajo no demasiado antiguo, que me permito recordar: "A gritos no se pide el desenlace humano actual de tantos pasos pasados, no la anulación del Popol Vuh por la Biblia ni el retorno al Popol Vuh con olvido de la Biblia. Nos pide la asunción en plenitud de sus valores en una síntesis. Nos pide señorear la Tierra, pero amorosamente, como algo que vive y debe perdurar. Nos pide la unión de todos con los de hoy, los de ayer y los de mañana, pero con el respeto a la plenitud de cada ser humano, uno, irrepetible y actual". "Si en algo, o en mucho, la Comunidad indo-ibérica, el sueño de la Patria Grande bolivariana, está en el camino de esa síntesis, debe realizarse como tal Comunidad, salir afuera y ofrecerse".

Hasta aquí, mis palabras en la Mesa Redonda del Congreso sobre el tema "V Centenario: Memoria y Liberación". Se pueden leer los textos de las diversas ponencias e intervenciones —algunas tan formidablemente interesantes y alentadoras como el de Xavier Gorostiaga— en la publicación que se hizo por el Centro "Evangelio y Liberación", de Madrid, a comienzos de este año... pero no encontraréis el texto mío que acabo de exponer. Es más: se habla de las "tres Mesas Redondas" del Congreso (pag. 122), omitiéndose toda referencia a la IV. Fué "desaparecido".

Pero volvamos ahora al hilo de la exposición, volviendo sobre las infelicidades actuales del mundo iberoamericano.

II. Infelicidades en el mundo iberoamericano.

Si para el conjunto del Sur las infelicidades que le está deparando "el Fin de la Historia" en el Norte son abrumadoras, para esta parte del Sur que es Iberoamérica, el mundo indohispano, las consecuencias son aun más lacerantes. Tal vez porque, situada antes en una zona intermedia, ahora los sectores medios —y las clases medias— han despertado violentamente de su sueño de progreso indefinido.

Repito que sobre ello he hablado y escrito abundantemente, y que no me voy a extender demasiado. Pero el hecho es que en la década de los ochenta, la llamada "década perdida", los iberoamericanos han ido hacia atrás. Según la propia CEPAL, el latinoamericano medio es hoy un 8 por ciento más pobre que el de 1980. Ello a pesar del ligero ascenso de 1991, que ha supuesto un crecimiento del 3% en el PIB y del 0,8 % en el PIB por habitante⁸.

Pero esta "recuperación", tan festejada, esconde un desajuste creciente en el reparto. Los sectores populares no solamente están cargando sobre sus espaldas el pago del oneroso servicio de la Deuda Externa: están pagando también el crecimiento de la riqueza de los sectores ricos. Si en la década de los ochenta el PIB por habitante bajó un 10 por 100, el promedio del valor adquisitivo de los salarios bajó, no un 10%, sino un 30%. Paralelamente, los sectores privilegiados aumentaron sus ingresos⁹. Junto a la Deuda Externa, tan conocida, se ha ido acumulando una Deuda Social, silenciada.

Disminuyen los salarios, disminuyen las atenciones sanitarias y educativas, disminuyen los porcentajes de población empleada, disminuyen todas las atenciones sociales... y, al final de todas las consecuencias encadenadas, lo que parecía imposible: recuperan cotas el analfabetismo y la mortalidad, especialmente la infantil, recupera cotas la pobreza absoluta. Prosigue lo que Agustín Cueva ha llamado "putrefacción de la historia"¹⁰.

Una cita, del actual embajador de México en España, Jesús Silva-Herzog, después de hacer un balance de los éxitos económicos de su país en los últimos años, nos sirve de claro ejemplo. Dice Silva-Herzog:

"... no existe, que yo sepa, un programa de ajuste sin costo social.

- 8 El PIB creció en 1991 un 3%, y el PIB por habitante en un 0,9%. Pero aún así, de una base 100 del PIB por habitante en 1980 se pasó a un 91,9 en 1991 (CEPAL: "Balance preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe: 1991", Santiago de Chile, CEPAL, diciembre 1991, pag. 38).
- 9 Véanse las publicaciones del PREALC (Programa Regional de Empleo de América Latina y el Caribe —de la OIT—), en especial: "Deuda Social ¿qué es, cuánto es, cómo se paga?", Santiago de Chile, PREALC, tercera impresión, 1989.
- 10 CUEVA, Agustín. América Latina ante el "Fin de la Historia", en "Tareas", Panamá, enero-abril, 1991, pag. 55.

México no ha sido la excepción. El salario real de la mayoría de los trabajadores ha descendido en los últimos ocho años y se ha provocado un deterioro sensible en los indicadores sociales de salud, vivienda, nutrición y población¹¹.

Si tenemos en cuenta que las remuneraciones medias reales, según la CEPAL, bajaron a un tercio en Perú en diez años, o que el salario mínimo real urbano bajó a menos de la mitad en este tiempo en Venezuela ¿cómo no comprender los estallidos sociales en esos países que nos aparecen cotidianamente en la prensa, ello a pesar de la aparente "normalidad democrática"¹².

No parece que el "Fin de la Historia" sea muy satisfactorio para las grandes mayorías iberoamericanas. Ahora mismo, con motivo del "autogolpe" peruano, escribe Alfredo Bryce Echenique que condena, por supuesto, la acción de Fujimori, pero antes ya

"...condenaba al golpe bajo y mortal que ha representado para millones de peruanos la política salvajemente neoliberal, esa total libertad de mercado que por doquiera que pasó no solo mató y empobreció gente, sino que mató y empobreció también toda idea de lo que es la solidaridad y la compasión"¹³.

Bryce Echenique invoca la palabra "solidaridad", ¡palabra nefanda, reminiscencia de épocas salvajes, para el nuevo orden imperante!

III. La utopía indo-hispana.

Ante esta situación, ante este resultado, ¿puede el mundo iberoamericano, la comunidad mestiza indo-hispana, aceptar el "Fin de la Historia", conformarse con su papel cada vez más marginal en la vida del conjunto humano? ¿Puede aceptar ser progresivamente mundo del que se prescinde, mundo que sobra? ¿O ha de intentar, por su propia cuenta, para sí y para el conjunto universal, continuar la Historia?

Los habitantes de América a la llegada de los españoles tuvieron muy frecuentemente, y en especial en la zona azteca, una creencia que atenazó sus posibilidades de resistencia. Se la ha llamado el "mito del hombre barbudo". Las profecías anunciaban que por el Oriente llegarían unos hombres barbudos que les dominarían.

11 SILVA-HERZOG, Jesús: "Así se forma el nuevo México", en "Cambio 16", Madrid, 5 agosto de 191, pag. 55.

12 CEPAL: Informe citado. Sobre una base 100 en 1980, la remuneración media real bajó a 38,7 en 1991 en Perú. El salario mínimo real urbano en Venezuela, de una base 100 en 1980, bajó a 47,3 en 1991. (En Perú bajó a 16,8).

13 BRYCE ECHENIQUE, Alfredo: Carta al Director, en "EL PAIS", Madrid, 9 de abril de 1992.

Ahora, para atenazarnos, para acabar con nuestras posibilidades de respuesta, se difunde la creencia de que el sistema imperante es algo fatal, ineludible, que no hay nada que hacer frente al mismo. Como ha señalado el nicaragüense Xavier Gorostiaga:

"La teología de la inevitabilidad es la gran herejía de estos tiempos del cólera"¹⁴.

Porque en Historia no hay nada inevitable. Los hombres y los pueblos pueden quebrar cualquier sino que parezca imparable. Los "hombres barbudos" pueden ser vencidos.

Recuerdo, en este punto, las palabras de Carlos Díaz en un libro reciente:

"Hay que sublevarse contra ese falso realismo que incita a resignarse a una fatalidad que, en realidad, es de la incumbencia de las responsabilidades de la política y del desorden establecido"¹⁵.

Sí: hay que sublevarse. Lo primero, contra nosotros mismos, contra esta tendencia que tenemos a achacar a fuerzas imbatibles la responsabilidad del caos que nos envuelve.

Sí: hay que sublevarse contra esta "teología de la Inevitabilidad" —Teología del Encadenamiento— que es la de aquel que nos aparece en la parábola de los talentos enterrando los suyos, porque Dios nunca puede ser, arbitrario e imprevisible.

Hay que liberarse del cainítico "¿Qué se me da a mi de mi hermano?"

Para los componentes de la Comunidad Iberoamericana —reitero lo escrito recientemente¹⁶:

La cuestión que se debate puede formularse en los siguientes términos: el mundo indo-hispano (mestizo), iberoamericano o latinoamericano (cualquiera que sea la terminología que se asuma), ¿debe producir su propia integración y su propia modernización según las pautas de los Nortés ya integrados y modernizados — como el europeo o el norteamericano—, o debe buscar y definir unidad y modernización según su propia identidad, creando su propio modelo alternativo?

14 GOROSTIAGA, Xavier: "Nuevas formas de colonización en América Latina", en "V Centenario: Memoria y Liberación", Madrid, Centro Evangelio y Liberación, 1991, pag. 101.

15 DIAZ, Carlos: "La política como justicia y pudor". Madrid, Madre Tierra, 19992, pag. 28.

16 En "Integración iberoamericana y Deuda Social", febrero 1992.

La disyuntiva tiene un transfondo histórico de muchísimo calado, y nos remonta a la disputa del mundo moderno entre una modernidad protestante —anglosajona— calvinista en su más definitoria precisión— y una modernidad hispano—católica —ignaciana en su más definitoria precisión—. “Predestinación” —personas, clases, razas y pueblos constitutivamente superiores, frente a otras personas, clases, razas y pueblos constitutivamente inferiores—, o “libre albedrío” —“igualdad esencial del género humano”—.

¿La Comunidad Iberoamericana debe acatar el “triumfo definitivo” de aquel modelo, asumiendo el “Fin de la Historia” como una meta ya insuperable de la Humanidad, con el asentamiento definitivo de la democracia liberal-capitalista como único modelo posible, o debe intentar continuar la Historia proponiendo su propio modelo social diferenciado?

Recordaba Mariátegui en 1928, con el profundo respeto que hacia lo religioso sentía a pesar de su marxismo “heterodoxo”:

“La Reforma representó, en el orden religioso, la ruptura no solo con Roma y el Papado, sino con el orden medieval, con la sociedad feudal. La Nueva Reforma, si ha de venir, tendrá que surgir a su vez en abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista. El Protestantismo ha sido y es la religión y la moral del capitalismo, del gran capitalismo. No se concibe una nueva Reforma que no comience por entender esta solidaridad”¹⁷.

Desprovista la afirmación de Mariátegui de cualquier extremosidad —propia del tiempo en que vivió y escribió— y traída a nuestros días sencillamente como la afirmación de la superioridad de la “solidaridad” humana sobre el “interés privado” (lo que obliga a introducir correctivos en nombre de esa solidaridad al libre juego de las reglas del mercado, tanto más drásticas cuanto más aberrantes sean las consecuencias de este libre juego), está el “abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista” que presenta la opción que la doctrina católica pontificia ofrece como referencia en la hora presente¹⁸.

Si tiene sentido un significado con validez universal, la propuesta que brota de la identidad indo-hispana, mestiza, es precisamente su capacidad de síntesis, de integración armónica, de culturas, razas y sistemas. De aquí que no se pueda aceptar la tesis del triunfo definitivo de un sistema propio, el liberal-capitalista, tal como lo enuncian los pontífices del “Fin de la Historia”.

17 MARIATEGUI, José Carlos: “Camino de Santidad”, por Julio Navarro Monzó, publicado en “Variedades”, Lima, 8 de septiembre 1928. Recogido en el libro “Temas de Nuestra América”, Lima, Empresa Editora Amauta, 1ª edición, 1960.

18 Encíclicas “*Populorum Progressio*”, de Pablo VI (26 de marzo 1967), y “*Sollicitudo rei socialis*” (30 marzo 1987) y “*Centesimus Annus*” (1 mayo de 1991) de Juan Pablo II.

Este triunfo total y definitivo de la parte liberal-capitalista (supremacía de las leyes del mercado) y esta derrota total y definitiva de la parte socialista (no solamente del socialismo como omnipresencia del Estado, sino incluso del socialismo sostenedor de la simple idea de la supremacía del interés general, del “bien común” sobre el particular, y, por lo tanto, de la necesidad de la limitación a la libertad de mercado), no puede ser asimilado, aceptado, por los pueblos iberoamericanos.

Y no puede serlo por dos razones:

Primera: Porque es incoherente, no armonizable, con su propia identidad, que se define por su capacidad de síntesis, de mestizaje. Esta identidad les obliga a buscar la síntesis entre Libertad económica y Solidaridad económica. Les obliga a profundizar en la democratización para no reducirla al terreno político, para llevarla al terreno social. Como les obliga a rechazar cualquier modelo socialista de concentración de la Economía en manos del Estado. Les obliga a enfrentarse con el “Fin de la Historia” para continuarla por una vía integradora, no parcializante, frente a la proclamada victoria irreversible de un liberal-capitalismo puro que implica un camino de regresión hacia el capitalismo salvaje —por lo menos en el terreno internacional—, hacia la imposición excluyente de lo occidental. (Precisamente, la historia toda de cinco siglos de esta Comunidad podría resumirse en la constante pugna de un pueblo por realizarse enteramente en su identidad mestizadora y solidaria, frente a las imposiciones de minorías —poderosas— excluyentes).

Segunda: Porque la experiencia vivida en Iberoamérica en los últimos años, especialmente en la “década perdida” de los ochenta, primero con regímenes dictatoriales y después con restauraciones democráticas, por haberse forzado en ambos casos la adopción “salvaje de políticas económicas neoliberales, cualesquiera que hayan sido los logros “macroeconómicos”, ha significado un empobrecimiento drástico de los ya más pobres.

Los países iberoamericanos se encuentran obligados, si quieren salir de su sima, a un esfuerzo económico intenso de crecimiento. Nada se dará sin ese desarrollo. Ningún desarrollo se logrará sin esfuerzo, por supuesto popular. Pero no pueden realizarlo según las fórmulas actuales, que intensifican la miseria y que, por lo tanto, conducen a una nueva etapa de convulsiones violentas. Han de realizarlo con un simultáneo esfuerzo de distribución social de la riqueza, y no es posible nada de ello si no realizan simultáneamente también la empresa siempre pendiente de su unidad, la integración en una sola configuración política, el sueño visionario y frustrado de Bolívar.

Esa unidad, esa solidaridad creciente en el reparto, ese crecimiento con esfuerzo, hará que Iberoamérica, el mundo indo-hispano, América Latina, tenga capacidad para continuar la Historia, para sí y para la Humanidad entera.

IV. ¿Y la España peninsular?

Pero ¿y qué es de España, de la España peninsular, la de este extremo geográfico de Europa, a las puertas de África, abierta al mundo trasatlántico?

No quiero omitir mi reflexión en este punto. Me parecería una cobardía imperdonable. Si he de mostrar una mínima honestidad, con los demás y conmigo mismo, si he de procurar no perder mi propia estima, he de decir lo que siento, aunque quiebre el corazón y sangre por mis heridas. ¡Que me acompañe don Miguel de Unamuno en el empeño!

Y pienso que esta España peninsular tiene, por principio, un papel importante —aunque imprescindible— en la tarea futura de la Comunidad Iberoamericana, como punto histórico de referencia, como solar matriz de lo que es esencial hilo conductor de la unidad.

Ciertamente, tiene un papel posible, deseable. Pero también es cierto, inocultable ya, que esa España solar, razón original de la unidad, ha desertado de esa tarea, por más Cumbres presidenciales que patrocine, que ha aceptado un puesto —menor— en otra línea, en el refugio del “Fin de la Historia” del Norte acomodado, sin ambición de perpetuar su propio proyecto histórico que en otro tiempo la hizo concebir su propia Utopía.

Desde 1953 —cuando se suscribieron los acuerdos hispanonorteamericanos— y desde 1962 —cuando se solicitó la adhesión a las Comunidades Europeas, abierta a la plena integración —abandonamos el proyecto autónomo, el que nos era común con los países americanos de nuestra cultura, e iniciamos el camino de la inserción en otro proyecto, el de nuestro “rival” histórico.

Con ello, la idea histórica de España, lo que España representó en la vida humana pasada y podía representar en la futura, fue dejada por la España peninsular enteramente en las manos de las “sobre-Españas” americanas.

Esa línea, ese tremendo truncamiento histórico, iniciado en 1953, se continuó después, prosiguió después con la transición democrática hasta sus últimas consecuencias.

La España peninsular se está disolviendo, paso a paso, en una entidad mayor cuantitativamente, entidad que no la plenifica —como lo haría una entidad mayor propia, la iberoamericana—, sino que la anula, que contradice su significado más hondo.

No hay ahora sitio, parece ser, para el sentido de “España” entre un recién estre-

nado patriotismo europeo —una “euroeuforia” oficial— y unos regionalismos elevados a patriotismos —una euforia localista—. No hay sensibilidad nacional española. No parece percibirse que en esta hora, para nosotros, el problema número uno, no es el desempleo, ni la corrupción, ni la consolidación democrática o cualquier otro, que es España misma, la existencia misma de España como ser singular en la Historia.

Nos ha surgido, de pronto, un orgullo europeo, incluso con crecientes tonalidades racistas. Y no cuando la plural Europa tenía sentido —o sentidos— universal, sino cuando Europa declina con su uniformación esterilizadora y su vuelta hacia sí misma.

Se nos abruma diciéndonos que Europa para nosotros significa la apertura al mundo. Pero hoy Europa no es una ventana al mundo: es un refugio para no ver el mundo real. Tal vez no haya ahora un aldeanismo más autocomplacido que el de esta Europa, engallada, ensoberbecida, amurallada, mirándose al espejo como la madrastra de Blancanieves. Entrar hoy en la Europa de la unidad “para abrimos al mundo” es como decir que nos abrimos a la realidad social al hacernos socios de un Club de élite.

Pienso, en reflexión tremendamente discutible —puesto que es casi universalmente no compartida—, que la decadencia de Europa ha llegado a tal grado que ya no de más que para una sola “Nación”. O, tal vez, ni siquiera para eso, y solo para una sola Sociedad Anónima.

Una Nación en marcha sobre la Historia, una verdadera Nación, es un producto de convivencia con intención de validez universal, una propuesta para todos los hombres. La Europa vigorosa, no agotada, significó en siglos pasados una pluralidad de propuestas universales: católico—mestiza hispana, protestante anglosajona, jacobina francesa, incluso marxista rusa... La Europa de hoy, surgida de un proyecto puramente económico, de organización del bienestar para sí misma, encastillada tras los muros de sus fronteras, no ofrece nada a los demás, no quiere ofrecer nada. Es voz para la propia casa y olvido del mundo exterior (salvo algunas “obras de caridad”).

La gran Europa, la que conquistó, destruyó, explotó y colonizó al tiempo que se entregaba, ofrecía, se daba y ampliaba los lindes de lo que consideraba civilización superior —y en bastantes puntos efectivamente lo era—, era plural y contradictoria. Mantenía la tensión de Naciones en marcha, distintas, con distintas ofertas para todos los hombres. Eran varias Europas, expoliadoras y misioneras, ambas cosas al tiempo.

Solo cuando los pueblos que configuraron esas Naciones dejaron de creer en ellas, solo cuando su agotamiento como agentes históricos les llevó al completo

descreimiento en lo que habían significado, pudieron pensar en acercarse entre sí e integrarse en un sólo "no-destino". La Europa Unida es el fruto de la no creencia en la Europa con tarea. Es la llegada de la "no-Europa", la que está dispuesta a seguir, con fórmulas nuevas y sin riesgo, obteniendo en lo que sea necesario beneficios del resto del mundo, de sus exposiciones, ahora sin entregar nada a cambio.

España se constituyó en Nación cuando tuvo su sentido a lo ancho de la Tierra. (Ahora esta afirmación parece algo paradójicamente "cavernaria" mirada desde una afirmación cada vez más individualista, de más profunda indiferencia por el "otro", en resuelta progresión hacia la caverna).

Pero, pese a todo, pienso que ahí está aún esa Nación, fragmentada, sumergida en una dolorosa Edad Media. Está ahí, albergando en sí un remanente inmenso de ofrecimientos de fraternidad humana, sobre la síntesis étnica, cultural y de sistemas: mestiza, heredera de Oriente y Occidente, abocada a la integración de Libertad y Solidaridad.

Pero la España peninsular lo ignora. Se ignora a lo más fecundo de sí misma. Olvida la síntesis y opta por la parte. Sumergida en un ansia colectiva de bienestar para sí, olvida que la única tarea colectiva con grandeza humana en nuestro tiempo es el intento de acercarse a una fraternidad niveladora entre todas las sociedades de este planeta. La península se suicida históricamente en la negatividad egoísta —tranquilizada por obras de caridad y ayuda internacional— de esta parte del Norte llamada Comunidad Económica Europea.

V. Proyecto indo-hispano y continuidad de la Historia.

Finalizo: cualquiera que sea la determinación peninsular —y parece que las cartas están echadas: podemos ser "europeos" y dejar de ser algo tan poco cotizado como es el ser "españoles"—, la continuidad de lo nuclear de lo que significó nuestro pueblo en la trayectoria humana (es decir: la voluntad de integración en una tarea de igualdad esencial del género humano), continúa y continuará en la realidad de la Comunidad Iberoamericana, en el proyecto global indo-hispano. Por más que hoy esté en una Edad Media de tensiones y miseria, como estaba la Península Ibérica en el siglo XV, en sus grandes e insospechadas vísperas.

Continúa y continuará. Frente al proyecto hoy imperante. Continuará, pese a las ofuscaciones del presente, porque es más universal, por cuanto representa la idea-fuerza del mestizaje de culturas, de razas y de sistemas. Por cuanto no es parcialidad sino síntesis integradora.

La Europa Comunitaria, los Estados Unidos, el Japón —la trilogía triunfante— no pueden continuar la Historia. Ya han dado de sí todo lo que contenían en su pro-

yecto original. Lo que ellos ven como el "Fin de la Historia" solo es el fin de su proyecto: el "mundo Feliz" que solo es una parte del mundo, y que conlleva la infelicidad en el mundo exterior y síntomas de alarmantes desajustes en el interior.

Nuestra Utopía Mestiza es lo que ofrece el proyecto indo-hispano para continuar la Historia. E insisto en lo de "indo" porque lo indígena americano es elemento imprescindible y esencial en el camino del mestizaje del proyecto. (Para toda la Comunidad, y para todo el proyecto: no solo para los "enclaves" étnicos endogámicos como pretende algún indigenismo minimalista y reaccionario).

Contiene una propuesta general, global, para todas las gentes.

Lo ha señalado, hace pocos meses, Xavier Gorostiaga:

"Pensar y analizar alternativamente en estos tiempos del cólera produce angustia y dolor. Pero mientras el pensamiento no se angustie y duela habrá crisis de ideas y sobre todo de alternativas. Se le estaría dando la razón a Fukuyama de que la política puede seguir, pero la historia ideológica ha terminado.

"Esta utopía como visión en plena crisis es necesaria ante el totalitarismo tecnológico, que no deja margen al futuro ni a la esperanza que no se someta a sus parámetros. La crisis de civilización no es un concepto sino una realidad que necesita de nuevo una síntesis histórica.

"Puede aparecer como romántico por nuestra parte el considerar que 1992, a 500 años del inicio de la Historia Universal, que América Latina como continente mestizo de síntesis raciales, culturales e históricas, pudiera ofrecer la oportunidad de iniciar este proceso. Entre la esperanza y el desastre: así puede calificarse la dialéctica de sentimientos encontrados que nos envuelve en esta coyuntura. Pablo Neruda plasmó magistralmente este mismo sentimiento al exclamar: "Podrán cortar toda las flores, pero no podrán detener la primavera"¹⁹.

José Luis Rubio
Profesor Emérito de la Universidad Complutense